

Cena del 24 de diciembre

Carlos se propuso que en esa cena iba a cocinar un pavo y que daría a sus invitados, una sorpresa con el arbolito navideño.

Como todos los años y así era la tradición, cocinaría carne al horno, pero se peleó con el carnicero cuando fue a apartar un filete, por el incremento injustificado del precio y lo mandó a volar.

Le habían regalado un pavo en enero y lo tenía resguardado de sus perros en un corral del terreno de su casa. Marta, su esposa, todos los días le decía, qué vas a hacer con ese pavo que ya me tiene harta con su glu, glu , glu, glu.

Algo se me va a ocurrir, le contestaba tranquilamente Carlos. Y se dió, porque a falta de carne a Carlos se le ocurrió hacer pavo al horno.

- Vos estás loco- le decía Marta- ese pobre animal no tiene nada qué ver con el aumento de la carne y tu pelea con el carnicero y a pesar de eso, te lo vas a echar.
- Quiero agasajar a los invitados y sorprenderlos muy bien en esta Nochebuena.

Carlos empezó días antes los preparativos con el arbolito de Navidad que ya tenía apartado con un amigo. Lo llenó de adornos, esferas, fotos de familiares y amigos y en vez de luces le puso velitas para encenderlas y que pareciera más natural y tradicional.

Marta se encargó del nacimiento, que lo usaban desde que se habían casado, hacía más de 40 años. Algunas de las figuras se habían roto y fueron reemplazadas por nuevas que no tenían el mismo tamaño, pero sí el mismo concepto. El pesebre seguía siendo el de antaño, de madera y verde, el niño Dios era de la abuelita de Marta. Carlos le agregó una de sus velas para iluminarlo.

Dos días antes del 24, decidió encargarse del pavo al que lo había estado alimentando bastante desde hacía un par de semanas previas, para que engordara.

Fue toda una odisea tratar de agarrar al pavo, porque parecía que se las olía y se echaba a correr por todo el corral gritando desesperadamente. Ante tal alboroto entre Carlos persiguiendo al pavo, el pavo gritando y todos los perros ladrando, Carlos no tuvo más remedio que hacer las paces con su carnicero de toda la vida para que le ayudara a matar al pavo. Y no fue solamente ayuda para eso, sino que también necesitó que se lo llevara a su carnicería porque el animal era tan grande que no entraba en el refrigerador de Carlos.

Y llegó el día; cada uno de los invitados llevaba algo; la ensalada, unas pastas, unas entradas, postres, helados, vinos y cervezas; había comida como para alimentar a un batallón.

- Ay Marche, tu amigo Yiyo- así le dice Marta- me tuvo loca con ese pavo; mientras él hacía el relleno yo tenía que inyectarlo con coñac; ya me había encariñado con ese dichoso pavo y cada vez que le clavaba la aguja, yo lloraba...además Yiyo no quiso hacer la receta de la abuela y sacó una de internet para el relleno, que espero salga bien. Marta, no te preocupes, Carlos es un as en la cocina; lo heredó de su mamá.

En la cena todo iba bien; éramos 13; Yiyo y sus 12 apóstoles, como decía Marta. El pavo estaba exquisito, los vinos también y la camaradería igual. Hacía calorcito en demasía y estaban las puertas y ventanas abiertas para que corriera el aire. De repente empezó a soplar más y más fuerte y el viento tiró el árbol con sus velas encendidas hacia una de las ventanas y se empezó a quemar la cortina y se extendió a la mesa donde estaba lo demás.

Flor de susto nos pegamos; entre todos pudimos apagar el inicio del incendio; pero el pesebre no se salvó y Marta le reclamaba a Carlos porque en 2 días había matado al pavo y quemado al niño Dios...

Marcelo Lodieu

76 años